



CATEGORÍA NIVEL INTERMEDIO

TERCER PREMIO

CEA(R)
Comisión Española
de Ayuda al Refugiado

FILIPP BARROUZZ, CEAR NAVARRA

VISIÓN MISTICA EN EL FIORDO

Nemo, un hombre común y corriente, sin nada que lo destaque.

Sin embargo, tenía un rasgo único: su cabello, corto y peinado hacia arriba, ardía con un color rojo fuego, como lenguas de llamas. Una barba pelirroja, un poco más larga de lo normal, enmarcaba su rostro, agregándole masculinidad y misterio.

Este torbellino rojo, que combinaba un corte de pelo corto en la cabeza y una barba más larga, era su tarjeta de presentación, su rasgo distintivo.

Por lo demás, era un hombre común, con preocupaciones y pensamientos ordinarios, como la mayoría de las personas.

Pero era precisamente esa mata de cabello rojo y su barba lo que lo hacía único, lo que le daba un toque de excentricidad y lo distinguía de la multitud.

Caminando por la senda montañosa, Nemo pisaba el musgo resbaladizo por el rocío e inhalaba el aroma de las coníferas. Los poderosos abetos, como gigantes, se elevaban sobre él, mientras que las piedras centenarias, cubiertas de musgo, guardaban los secretos de tiempos pasados.

Más adelante, a través de la niebla, se distinguían los contornos de un claro de piedra. Nemo lo pisó y ante sus ojos se abrió una vista impresionante.

El fiordo, como un espejo gigante, reflejaba el cielo azul. Las laderas de las montañas, cubiertas de verde esmeralda, se bañaban en los rayos del sol poniente.

En el oeste, donde el cielo se fundía con la superficie del agua, ardía un atardecer carmesí. Y en el este, ya se veían las primeras estrellas, como un puñado de diamantes sobre un lienzo de terciopelo.

Nemo, cautivado por la grandeza de la naturaleza, montó su tienda. Después de preparar un té aromático y tostar setas en la fogata, se sentó, se sumergió en sus pensamientos.

Nemo se atormentaba con las preguntas eternas que preocupan a las personas desde tiempos inmemoriales. Sobre el sentido de la vida: ¿por qué estamos aquí, en este mundo fugaz, ¿cuál es nuestro propósito? Sobre la infinitud del ser: ¿qué había antes de nosotros y qué habrá después, es el universo infinito o tiene límites? Sobre lo que nos espera después de la muerte: ¿el paraíso, el infierno, la reencarnación o simplemente el vacío? ¿Dónde está nuestro lugar en el universo: estamos solos en este cosmos infinito o existen otras civilizaciones inteligentes en alguna parte? ¿Y qué significa el número 42: un código místico, la clave para desentrañar el universo o simplemente una coincidencia?

Reflexionó sobre la inmensidad del universo, sobre las innumerables galaxias, estrellas y planetas. Sobre lo insignificante que es la vida humana en comparación con ellas.

Pero al mismo tiempo, comprendía que cada persona, independientemente de lo pequeña e insignificante que sea, es una parte única y valiosa del universo.

Nemo creía que cada persona tiene su propia misión, su propio camino que debe recorrer. No sabía cuál era su misión, pero estaba decidido a encontrarla.

Quería vivir su vida con dignidad, dejar huella en esta tierra y, quizás, descorrer el velo sobre los misterios del ser.

De repente, su mirada se vio atraída por un resplandor extraordinario. En el cielo, como un tapiz esmeralda tejido por la mano experta de una tejedora celestial, se extendía una franja de luz resplandeciente, fascinante por su belleza sobrenatural.

En ella, Nemo distinguió las formas de pegasos, con sus crines al viento, y mujeres desnudas, vestidas solo con cascos con alas. En sus manos había lanzas y sus rostros brillaban con una luz divina.

“¡Valquirias!” - susurró, pero su voz se perdió en el silencio del bosque.

Observaba fascinado cómo, detrás de las valquirias sobre pegasos, volaban personas incorpóreas, espíritus. La música del dulcimer, que fluía desde el cielo, llenó su alma de emoción.

“¿Qué está pasando? ¿Cómo es posible?” - se preguntaba Nemo mentalmente.

De repente, en la rama de un árbol, como una sombra, apareció un cuervo. En su pico sujetaba la taza de Nemo, de la que bebía pequeños sorbos con su pico, en la medida de lo posible.

“Las valquirias guían las almas de las personas dignas al Valhalla”, proclamó el cuervo con su voz ronca. “Y tú no debiste haber visto esto. Pero Odín, atendió

las súplicas de tu padre, quien te espera en las cámaras de Odín, cuando llegue tu hora. Mientras tanto, vive y sé una persona digna para reunirte con él. Y sí, la respuesta a tu pregunta es 42”.

El amanecer regaló a los fiordos un sol suave. Nemo se despertó con el canto de los pájaros y el aroma de las coníferas. Miró la taza vacía colgando de la rama y sonrió. Al mirar el reloj, vio la hora: 4:20.

A partir de ese día, la vida de Nemo cambió. Se volvió más atento al mundo que lo rodeaba, a las personas, a sí mismo. Sabía lo que le esperaba en el futuro y este conocimiento llenaba su vida de sentido.